

Estrategias indígenas de captura y manejo del ganado cimarrón en las sierras septentrionales bonaerenses: las construcciones de piedra Cerro Guacho I y Cerro Guacho II

 Victoria Pedrotta *

Recibido:
1 de noviembre de 2014

Aceptado:
17 de noviembre de 2015

Resumen

Este trabajo contribuye al análisis de las prácticas de captura, manejo y cuidado del ganado introducido que efectuaron los grupos indígenas que habitaron el Sistema de Tandilia durante el período posthispánico, mientras mantuvieron su autonomía territorial. Dicho período de la historia regional se inaugura con la llegada de los españoles al Río de la Plata en el siglo XVI y culmina con la ocupación de esa zona por parte de la sociedad criolla, que se consolidó hacia mediados de la centuria siguiente. Se parte de una revisión de la producción antropológica e histórica acerca de las transformaciones en la economía indígena vinculadas a la incorporación del ganado doméstico y se retoman propuestas acerca del funcionamiento de polos de actividades especializadas. En particular, se presentan los resultados de las investigaciones arqueológicas que se vienen desarrollando en la porción central de Tandilia, focalizando en dos construcciones de pirca llamadas Cerro Guacho I y Cerro Guacho II. Se discute el uso de las estructuras que conforman dichos sitios como espacios de captura y encierro de caballos baguales, corrales para ganado menor, recintos de habitación y puntos de vigilancia, tomando como base la información recabada en diversas fuentes documentales, sumadas a la cartografía y las evidencias materiales.

Palabras clave

Construcciones de pirca
Ganado introducido
Tandilia
Economía indígena
Período posthispánico

Indigenous strategies of cattle catching and handling in the Northern sierras of Buenos Aires Province: the drystone structures Cerro Guacho I and Cerro Guacho II

Abstract

This paper contributes to the analysis of capture, handling and care practices of introduced livestock carried out by the indigenous groups that inhabited the Tandilia mountain range during the post Spanish period, while they still kept their territorial autonomy. This period of the regional history begins with the arrival of the Spaniards to the Río de la Plata basin in the 16th century and ends with the Creole's society occupation of that area, that consolidated towards the middle of the next century. From a review of

Keywords

Drystone enclosures
European livestock
Tandilia range
Indigenous economy
Posthispanic period

* CONICET/ CEBBAD - Departamento de Antropología y Ciencias Naturales y Fundación Félix de Azara, Universidad Maimónides - Facultad de Ciencias Naturales y Museo, UNLP. PATRIMONIA - Facultad de Ciencias Sociales, UNICEN. Hidalgo 775, piso 7 (CP 1405) Buenos Aires, Argentina. E-mail: vpedrotta@conicet.gov.ar

anthropological and historical production about the transformations in the indigenous economy linked to the incorporation of domestic livestock, some proposals concerning the functioning of poles of specialized activities are considered. In particular, the results of our archaeological investigations developed in the central portion of Tandilia are presented, focusing on two drystone wall constructions called Cerro Guacho I and Cerro Guacho II. It is discussed the use of both sites as places of capture and safeguard of wild horses, sheep enclosures, human rooms and monitoring points, on the basis of the information collected from several documentary sources, along with cartography and the material evidence.

Introducción

El conocimiento de la estructura económica post-conquista (*sensu* Mazzanti 1993) de las sociedades indígenas pampeano-patagónicas viene experimentando un sostenido avance en las últimas décadas, en el marco de la importante renovación historiográfica y antropológica que –al calor del regreso de la democracia a Argentina– iniciaron los trabajos de Mandrini (1986, 1987) y Palermo (1986, 1988), respectivamente. En estas nuevas visiones –menos estereotipadas y simplistas que aquellas derivadas de la mirada esencialista de la etnografía clásica– la introducción de varias especies animales domésticas en la región pampeana ocupa un papel central en la comprensión de las profundas transformaciones que se dieron en las actividades productivas, las redes comerciales, los sistemas de asentamiento y los circuitos de movilidad, entre otras diversas esferas del modo de vida indígena durante los siglos posteriores a la conquista española. Tal como afirma Palermo (1988: 80), “las llanuras pampeanas, desde del siglo XVII importante centro de abastecimiento de ganado vacuno y caballar por la proliferación de rebaños salvajes, estaban controladas en gran parte por las tribus indígenas, que por ello tenían acceso privilegiado a los mismos al tiempo que paulatinamente iban logrando rodeos propios de animales mansos de varias especies y también criaban ovejas y cabras”. Es también hacia comienzos de dicha centuria que comenzaron a sucederse las menciones en las fuentes documentales acerca del tráfico transcordillerano de ganado vacuno y caballar hacia Chile, con destino a las tribus trasandinas y también a los comerciantes hispano-criollos.

Como bien notan los dos investigadores antes citados, la incorporación de animales domésticos y plantas cultivadas europeas, lejos de tratarse de una asimilación unidireccional y automática, fue un proceso selectivo y heterogéneo, estrechamente vinculado con las prácticas de subsistencia, la organización del trabajo y la cosmovisión previas. Entre otras cosas, este proceso posibilitó la integración de amplios circuitos de intercambio y comercio tanto interétnicos como intraétnicos. Dichos circuitos excedieron largamente la escala local y llegaron a conformar complejos mercados regionales a partir de los cuales las economías indígenas se articularon activamente con toda la estructura económica colonial (Mandrini 1987, 1991; Palermo 1991, 2000, entre otros).

Uno de los planteos más interesantes, desde esta perspectiva, es el desarrollo de polos económicos especializados en determinadas zonas de la pampa húmeda, tales como la actividad pastoril en la llanura interserrana del suroeste bonaerense (Mandrini 1987, 1991), la captura y engorde de ganado caballar en el extremo oriental del Sistema de Tandilia (Mazzanti 1993, 1997) y el comercio intra e interétnico en la porción central ese último cordón serrano (Araya y Ferrer 1988; Ferrer y Pedrotta 2006; Pedrotta 2005, 2013). Si bien la formación y la configuración inicial de estos núcleos especializados son aspectos difícilmente asequibles a partir de las escasas fuentes escritas que refieren al interior de la región pampeana durante los siglos XVI y XVII, en la centuria siguiente

se cuenta con un *corpus* coherente de información documental que permite afirmar su pleno funcionamiento durante la segunda mitad de ésta. Para entonces dichos polos constituían importantes pilares de la economía indígena, en un contexto en el cual los circuitos comerciales ya estaban sólidamente establecidos (Mandrini 1987: 86). Factores ambientales, tales como la gran disponibilidad de agua, pasturas naturales y una topografía apta para la custodia y cría de ganado, así como la abundancia de vacas y caballos cimarrones, integraron el conjunto de condiciones materiales que posibilitó su desarrollo. Asimismo, la autonomía de las tribus indígenas y su control territorial sobre un extenso espacio que se extendía hacia el sur y oeste de la entonces incipiente línea de frontera -que no traspuso el río Salado sino hasta entrado el siglo XIX- constituyeron condiciones sociales y políticas *sine qua non* para el funcionamiento de los mencionados polos de especialización económica.

En este trabajo se analizan algunas de las estrategias de captura y cuidado del ganado doméstico introducido que fueron desarrolladas por las sociedades indígenas que habitaron el Sistema serrano de Tandilia durante el período previo al avance de la línea fortificada de frontera, que se inició en esta zona en la década de 1820, a partir de las campañas militares encabezadas por Martín Rodríguez y la posterior fundación del fuerte Independencia. Se toma como punto de partida la propuesta de Mazzanti (1993) acerca de la existencia de un centro de actividades especializadas en la captura de caballos baguales en el sector oriental del Sistema de Tandilia para mediados del siglo XVIII, así como los datos obtenidos por medio del análisis de fuentes escritas y estudios que han sido llevados a cabo por otros investigadores. A ello se suma la información que aportan las pesquisas arqueológicas que se vienen desarrollando sobre un conjunto de construcciones de piedra situadas en la porción central de dicho cordón serrano (Ferrer y Pedrotta 2006; Pedrotta 2013; Pedrotta *et al.* 2011a y b). En particular, se analizan las edificaciones denominadas Cerro Guacho I y Cerro Guacho II, las cuales han sido interpretadas como locus de captura de caballos y vacunos cimarrones, en el primer caso, y como un corral para la custodia de ganado, posiblemente menor, en el segundo caso (Pedrotta 2005). Ambas edificaciones están situadas en la estribación meridional de la Sierra Alta de Vela, principal cordón de la zona, cuya altitud máxima es de 485 msnm. Esta sierra tiene varios valles, angostos y encajonados, en los que abundan los manantiales así como tributarios de los arroyos Chapaleofú Chico y Grande, que corren a lo largo de amplios valles, rodeándola por el este y oeste, respectivamente.

Antecedentes

El ganado vacuno y caballar en economía indígena

Más allá de la existencia de discrepancias en torno a algunos aspectos puntuales (típicamente: el número exacto de caballos que las primeras expediciones de conquista transportaron al Río de la Plata, discutido por Groussac 1915: nota 21, Giberti 1961: 20-22, Palermo 1988: 50, Ras 1994: 296; entre otros), es claro que el contingente de caballos andaluces que habían sido abandonados y/o escaparon al fundarse por primera vez Buenos Aires se esparció por las praderas pampeanas, multiplicándose con gran velocidad. Con motivo de la segunda fundación, en 1580 Hernandarias envió unos 500 vacunos y 1.000 caballos desde Asunción; pocos años después, Juan Torres de Vera y Aragón remitió un contingente de 400 vacunos, 500 yeguarizos, 4.000 ovejas y 500 cabras desde el Alto Perú al Río de la Plata (Giberti 1961: 22; Ras 1994: 57). En estas décadas, también hay registro del envío de ganado vacuno a Buenos Aires desde Córdoba (Coni 1979: 12). Palermo (1988) señala que Cuyo y Chile fueron otros centros desde los cuales también ingresaron caballos hacia la región pampeana y la Patagonia hacia mediados del siglo XVI, dando origen a las caballadas cerriles más occidentales.

Imposibles de cuantificar, los animales que periódicamente escapaban de los poblados, las estancias y las expediciones españolas, huían “tierra adentro”, engrosando las tropillas de baguales y potenciando aún más su ritmo de reproducción natural.

Juan de Garay relató que los indígenas le habían informado la presencia de caballos baguales en el delta del Río de la Plata y describió asombrado las numerosas manadas de yeguas que había observado durante un viaje que llegó hasta las inmediaciones de actual cabo Corrientes, en el extremo occidental del Sistema de Tandilia, en 1581 (Garay [1582] 1915: 58). Al mismo tiempo, Fray Rivadeneyra informaba en un memorial al Rey la existencia de “grandísima suma de caballos” en las proximidades de Buenos Aires (Rivadeneyra [1581] 1881: 25). Para fines del siglo XVI, distintos grupos indígenas pampeanos se habían convertido en jinetes diestros y consumían carne de yegua, además de vender caballos a los araucanos que resistían la invasión española en el contexto de la Guerra de Arauco (Palermo 1988). En 1599 el gobernador de Buenos Aires informaba al Rey que los grupos indígenas cercanos a Buenos Aires, “como señores de la campaña lo son de dos millones de yeguas que andan en ella, de los cuales comen y se sirven” (Carta del Gobernador Rodríguez Valdés y de la Banda al Rey del 28-9-1599, citada en Palermo 1988:54). La abundancia de baguales en las llanuras pampeanas se mantuvo durante las dos centurias siguientes, según testimonian concurrentemente diversas fuentes (por ejemplo, Díaz de Guzmán [1612] 1945: 38; Herrera [1601-1615] 1730 T^o I: 53; Lozano [1734-1743]).

La tendencia al incremento de las caballadas cerriles parece haber continuado al menos hasta mediados del siglo XVIII, momento en el que se destacaba su abundancia en la zonas del “Tuyú” y el “Tordillo” (próximas a la Bahía de Samborombón), en la llanura comprendida entre el río Salado y el Sistema de Tandilia, así como entre estas últimas y el Sistema de Ventania, llegando prácticamente hasta el río Colorado (Cardiel [1747] 1940, [1748] 1956; Dobrizhoffer [ca. 1767-1797] 1967: 228; Falkner [ca. 1774] 1974: 67, 97 y 103; Sánchez Labrador [1772] 1936: 33 y 168; Tapary [1755] 1969: 99). No obstante, también se notaron grandes mortandades de baguales causadas por sequías, cuyas carcasas se acumulaban en las márgenes de los cursos de agua. Parecen haber sido especialmente agudas en la sequías de los años 1749 (Sánchez Labrador [1772] 1936: 34) y 1770-1773 (Suárez García 1940), entre otras posteriores que fueron registradas por Rapoport (1996: 227). No obstante, para mediados del siglo XVIII, el jesuita José Cardiel ([1748] 1956: 275) describía que “las yeguas baguales se extienden en numerosísimas manadas por todas partes (...) empezando de las estancias de ganado de Buenos Aires”, en ocasión del viaje exploratorio que entonces realizó en el sudeste de la región pampeana.

Si bien el ganado vacuno fue introducido medio siglo más tarde que el ganado caballar, en pocos años también proliferaron las manadas de vacas cimarronas. Según Coni (1979: 9-12), a los primeros 500 vacunos que habían sido enviados desde Asunción a Buenos Aires en 1580, se sumaron otros rodeos que fueron remitidos desde Córdoba durante los años siguientes. Inicialmente este ganado era mantenido en cautiverio, pero en 1610 se tomó la disposición de alejarlo a una legua de distancia de la ciudad con motivo de proteger los sembradíos (Giberti 1971). Para esa fecha aparecen las primeras referencias acerca de la abundancia de vacunos cimarrones, los cuales habían experimentado una veloz multiplicación a causa del óptimo ambiente de las praderas pampeanas, a la rusticidad del ganado ibérico original y la baja incidencia de afecciones parasitarias y microbianas (Ras 1994). Paralelamente, se registraron las primeras solicitudes para la explotación de cueros, grasa y sebo, efectuadas por vecinos de Buenos Aires, Santa Fe y Córdoba, principalmente (Coni 1979). También de ese entonces datan las primeras menciones sobre el consumo de carne vacuna por parte de los indígenas pampeanos, quienes “se sustentan de vacas, yeguas cimarronas que hay muchas en los campos” (Carta del Procurador de la ciudad de Buenos Aires de 1611, citada en Palermo 1988: 58).

El ganado vacuno cimarrón fue la base de la subsistencia de la población hispano-criolla durante la época colonial, comenzando a notarse su reducción ya en el siglo XVII, como consecuencia concurrente de diversos factores. En buena parte, la disminución de estos rodeos fue ocasionada por la sobreexplotación de la que eran objeto mediante la modalidad de las “vaquerías”, expediciones que periódicamente partían desde Buenos Aires o Córdoba, entre otros poblados, y llegaban a matar y/o arrear varios miles de cabezas bovinas en cada oportunidad. De hecho, desde mediados del siglo XVII se fue tornando cada vez mayor la distancia que era necesario recorrer para hallar vacunos cerriles, ya que estos animales se alejaban de los poblados españoles y, por lo tanto, las vaquerías fueron adquiriendo paulatinamente el carácter de expediciones armadas que debían internarse en territorios indígenas, como las serranías de Tandilia y las llanuras adyacentes (Coni 1979; De Angelis [1836] 1969 T^oIV: 258; Giberti 1961; Grau 1949; Sánchez Labrador [1772] 1936), llegando incluso hasta la laguna de Mar Chiquita (Cardiel [1748] 1956). A estos factores deben sumarse la mortandad de vacunos cimarrones causada por las sequías, la explotación efectuada por las propias tribus, así como los paulatinos avances de línea fortificada de fronteras que conllevaba una reducción del territorio disponible para dichos animales (Palermo 1988).

Para fines del siglo XVIII el ganado vacuno cimarrón se hallaba prácticamente extinguido (Coni 1979; Giberti 1961; Ras 1994). Así, hacia mediados de dicho siglo, los misioneros jesuitas que realizaron tareas evangelizadoras recorriendo los territorios comprendidos al sur del río Salado, litoral este y sureste bonaerense (al menos hasta el arroyo Claromecó) y extremidad oriental de Tandilia, no hallaron vacunos cerriles ni referencias sobre su presencia entre los distintos grupos indígenas con los que trataron (Cardiel [1747] 1956, [1748] 1956; Falkner [ca. 1774] 1974). En contrapartida, la declinación del stock de baguales y yeguas silvestres comenzó a notarse en las primeras décadas del siglo XIX (García [1810] 1969: 286). De hecho, el gobierno provincial prohibió las matanzas de yeguas recién en abril de 1830 (Suárez García 1940: LXX). Según Crivelli (1997: 283), la supervivencia de los caballos baguales se extendió hasta mediados de esa centuria. Concuerda con esta afirmación el relato que hizo el médico francés Henry Armaignac ([1869] 1976) en ocasión de sus viajes al sudeste bonaerense, durante los cuales estuvo cerca de los arroyos Quequén Grande y Cristiano Muerto, donde señaló la existencia de gran cantidad de vacunos y caballos cerriles, que eran el objetivo de las partidas de captura indígenas que llegaban ocasionalmente a esa zona todavía en la década de 1860.

La introducción del ganado vacuno y caballar en la pampa húmeda no fue un proceso lineal u homogéneo, ni su incorporación se dio de forma uniforme y pasiva por parte de las sociedades indígenas. Estas últimas poblaciones desarrollaron un conjunto de prácticas para el manejo del ganado doméstico introducido, las cuales variaron según las distintas especies en cuestión, así como en función del tipo de aprovechamiento productivo que se hizo de cada una de ellas. En líneas generales, la obtención y cría de los vacunos tuvo como objetivo fundamental el comercio intra e interétnico, además de tratarse de importantes proveedores de carne y cuero para consumo alimenticio y elaboración de manufacturas, respectivamente, en las tolдерías. El pastoreo ovino tuvo como objetivo central la obtención de lana para la tejeduría, cuya producción se destinaba tanto al uso propio como al intercambio y las actividades comerciales. Pero el caballo fue la especie que, sin duda, tuvo mayor relevancia no sólo en la estructura económica, sino en muchos otros ámbitos de la vida indígena. Tal como destaca Palermo (1988: 77), los caballos fueron imprescindibles para el manejo ganadero y pastoril en general y constituyeron el elemento fundamental que hizo posible el traslado por vastos territorios de los individuos, sus bienes y sus animales, a la vez que se incorporaron en la alimentación como uno de los platos favoritos, se transformaron en una eficaz arma de guerra, fueron incluidos entre los bienes que integraban las dotes matrimoniales y se introdujeron activamente en diversas ceremonias, como las rogativas o las honras fúnebres.

El Sistema de Tandilia como polo de especialización económica

Diversas fuentes documentales testimonian, a lo largo del siglo XVIII, la abundancia de ganado vacuno y caballar en la llanura interserrana y en las sierras septentrionales bonaerenses, así como su explotación tanto por parte de las poblaciones indígenas locales como por partidas procedentes de norte de Patagonia identificadas como tehuelches (Cardiel [1747] 1956, [1748] 1956; Falkner [ca. 1774] 1974; Lozano [1734-1743]; Sánchez Labrador [1772] 1936). En efecto, partidas de tehuelches norpatagónicos hacían viajes anuales hacia la pampa húmeda en busca de caballos en primavera y verano (Palermo 1988); también los malones para apropiarse del ganado de las estancias hispano-criollas solían hacerse entre la primavera y el fin del verano, de modo tal de garantizar la disponibilidad de agua y pasturas, así como el buen estado de los animales para ser arreados (Crivelli 1997). Según el análisis efectuado por Palermo, las sierras bonaerenses estaban incluidas en un ciclo de transhumancia estacional básicamente vinculado a las necesidades del ganado, que era transportado hacia los faldeos serranos en el verano en busca de aguadas mientras que en el invierno retornaba a las zonas más bajas del paisaje. No obstante, también se reconoce la existencia de asentamientos permanentes en algunos sectores de la región pampeana, “con toldos de gran tamaño, y a veces construcciones de madera y paja, enramadas, corrales y chacras o sementeras”, vinculados mayormente con grupos “araucanos o araucanizados” hacia fines del siglo XVIII e inicios de la centuria posterior (Palermo 1988: 87).

Como ya se anticipó, Mazzanti (1993, 1997, 2007) considera que el sector oriental del Sistema de Tandilia constituyó un “núcleo receptor” de la nueva estructura económica indígena post-conquista de carácter básicamente pastoril y que pudo haberse tratado de uno de los primeros nodos que articulaban las rutas de los grandes arreos de ganado hacia la cordillera. La autora destaca las excelentes condiciones naturales de la zona, en especial su gran disponibilidad de agua y la abundancia y variedad de gramíneas que cubrían sus suelos. Elementos centrales en la conformación de este núcleo de especialización económica, los caballos eran “cuidados en mesetas y valles serranos, cuyas condiciones geomorfológicas y abundancia de pastos y agua favorecía el engorde y la vigilancia de miles de cabezas de ganado” (Mazzanti 1993: 78). La propuesta de Mazzanti se sustenta en un sólido *corpus* documental, en el que adquieren especial relevancia las fuentes de primera mano producidas por los padres Cardiel, Strobel y Falkner, jesuitas que misionaron en la pampa húmeda a mediados del siglo XVIII, así como los relatos vinculados a esa experiencia que fueron elaborados contemporáneamente por otros religiosos de dicha orden, como el caso del padre Sánchez Labrador. A este conjunto inicial debe sumarse el relato contemporáneo de I. Morris, naufrago de la fragata Wager, abandonado en el litoral marino bonaerense y luego cautivado por indígenas, así como las crónicas de dos expediciones militares que exploraron las sierras septentrionales bonaerenses dos décadas después de concluido el ciclo reduccional jesuítico, escritas por P. P. Pavón y J. Hernández. Por último, se incluyen algunas referencias a la zona efectuadas durante la campaña de J. M. de Rosas y F. Senillosa ya entrado el siglo XIX.

Además de las condiciones naturales apropiadas, el funcionamiento de una economía pastoril requería “parcelas de pastoreo” y una “estrategia tecnológica” adecuada que permitiera el manejo de los animales (Mazzanti 1993: 78). Es en este aspecto que la autora interpretó la existencia de cuatro construcciones de pirca situadas en el extremo oriental de Tandilia -a las cuales atribuyó un origen indígena- como parte de la “infraestructura destinada al control y selección de ganado” (Mazzanti 1993: 83). Al respecto, se destaca la proximidad de dichas edificaciones a una rastrillada que corría paralela al litoral bonaerense en dirección suroeste, así como su asociación a “los sectores definidos dentro del sistema de potreros” (Mazzanti 1993: 83). Por lo menos una de estas construcciones -La Vigilancia- habría funcionado como un corral, según se infiere a partir de su conformación arquitectónica y de los análisis químicos realizados

en muestras procedentes de su suelo interno (Mazzanti 1993, 1997, 2007). Por su parte, Ramos y colaboradores han planteado que algunas edificaciones de piedra pueden haber sido “corrales trampa” para la captura y encierro del ganado cimarrón (Ramos *et al.* 2006), mientras que Bognanni ha evaluado la posibilidad de que la estructura de piedra Santa Rosa -situada en la parte baja de la ladera de un cerro, en el partido de Tandil- haya sido utilizada para la captura de ganado vacuno cimarrón y su custodia a corto plazo, así como la posibilidad de que haya servido para contener ganado ovino (Bognanni 2007: 11).

Las excelentes condiciones naturales que presenta el sector oriental del Sistema de Tandilia, en términos de disponibilidad de agua, abundancia y variedad de gramíneas y topografía apta para delimitar sistemas de potreros, son perfectamente extensibles a la porción central del mismo cordón serrano (tema tratado en Pedrotta 2005: 116-126 y 362-363 y Pedrotta 2009: 206-208). En trabajos previos se ha planteado que la mayoría de las 63 construcciones que hasta la fecha se han localizado y relevado en el marco de las investigaciones arqueológicas que venimos desarrollando en la porción central de Tandilia, son edificaciones de origen indígena que funcionaron como corrales, algunas de ellas para animales de gran porte -vacas y caballos- y otras para ganado menor, en estrecha asociación con el centro de intercambio conocido como la Feria del Chapaleofú (Ferrer y Pedrotta 2006; Pedrotta 2005, 2009, 2013; Pedrotta *et al.* 2011a). En este trabajo se pone el foco en dos de dichas construcciones, llamadas Cerro Guacho I y II, las cuales se describen en detalle en el apartado siguiente, aclarando algunas cuestiones exegéticas relativas a su mención por parte de otros investigadores y evaluando, a continuación, las hipótesis funcionales que se habían propuesto originalmente para ambas estructuras.

Las construcciones de piedra de Cerro Guacho

En 1988 los historiadores tandilenses J. M. Araya y E. A. Ferrer publicaron un libro pionero sobre las construcciones de piedra de Tandilia, en el cual dieron a conocer la existencia de una edificación localizada en la estancia Cerro Guacho. Allí, en la cima de un cerro, describieron “un corral sin perímetro definido. Las grandes rocas naturales han sido aprovechadas como parte de sus muros. Tiene dos aberturas y ha sufrido desmoronamientos importantes. A cien metros, aproximadamente, pasa un afluente del arroyo Chapaleofú. Esta construcción es la que responde a la descripción de Falkner quien refiere que la cima aplanada y cubierta de pasto de algunos cerros eran muchas veces utilizada como corral. También tiene relación con las referencias de Félix de San Martín y Francisco Millau que sostienen que eran recintos protectores y de vigilancia para evitar ataques sorpresivos. Estas últimas afirmaciones pueden corroborarse teniendo en cuenta el emplazamiento estratégico de esta construcción que en uno de sus lados es inaccesible, ya que da sobre un corte vertical del cerro, permitiendo un amplio control visual de toda la zona circundante. Además, cuando se llega al sitio, éste no es visible inmediatamente porque se confunde con la configuración del terreno” (Araya y Ferrer 1988: 49-50) (Figura 1).

En esta primera noticia acerca de la construcción de Cerro Guacho se destacan varios elementos muy relevantes: 1) que parte de su perímetro estaba delimitado por formaciones rocosas naturales, 2) la proximidad de un curso de agua afluente del arroyo Chapaleofú, 3) las características amesetadas de la cima del cerro en el cual se halla, 4) la importancia estratégica que denota su localización, posibilidad de acceso y dominio visual del terreno circundante, 5) su vinculación con la descripción del padre Falkner acerca de las prácticas indígenas de manejo de ganado y 6) su asociación con los relatos de Francisco Millau y Félix de San Martín sobre la existencia de recintos indígenas protegidos y destinados a la vigilancia en sectores serranos.

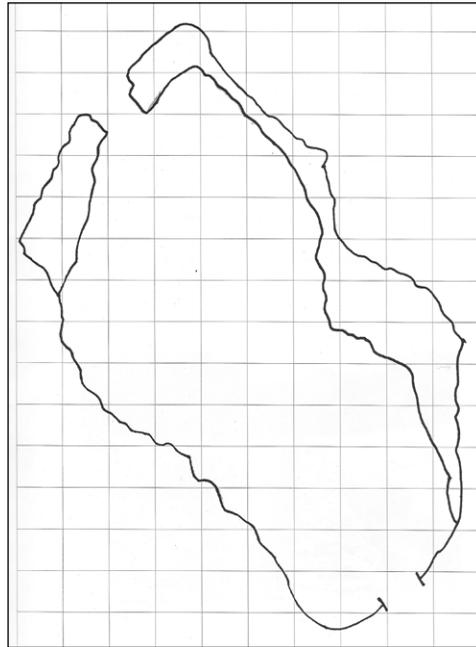


Figura 1. Croquis de la construcción de piedra Cerro Guacho publicado por Araya y Ferrer en 1988.

En un informe de avance de investigación inédito presentado a la Universidad Nacional de Luján, Ceresole refirió posteriormente tener “noticias de la existencia de una estructura construida aprovechando afloramientos rocosos en la parte alta de la ladera del cerro de ese nombre [Cerro Guacho]. La misma se habría completado con pirca seca” (Ceresole 1991: 11). Dado que esta autora no realizó el relevamiento de esa construcción en el terreno, es muy probable que su fuente de información al respecto haya sido el antedicho libro de Araya y Ferrer (1988), que había sido publicado unos años antes y que sí fue citado por ella en otras secciones del informe. El dato central que destacó Ceresole es que se trataba de una edificación emplazada en un sector elevado de la ladera de un cerro, para cuya delimitación se habían aprovechado los afloramientos rocosos naturales. De este modo, Ceresole (1991: 18) incluyó la construcción de Cerro Guacho dentro del grupo de las estructuras “semi-naturales: constituidas por terrenos con características topográficas especiales que mediante la complementación con pircas permiten mantener encerrada una cierta cantidad de ganado”.

Durante el año 2002 realizamos un relevamiento completo del sector en el marco de la investigación arqueológica sobre las construcciones de piedra de la porción central del Sistema de Tandilia (Pedrotta 2005). En esa primera etapa se hizo el registro planimétrico, arquitectónico y fotográfico de aquellas construcciones que habían sido registradas por otros investigadores y estudiosos locales, así como la toma de muestras de sedimentos para la realización de análisis químicos (Pedrotta *et al.* 2011b). Paralelamente, se recabó información entre los pobladores locales, en especial los trabajadores rurales, acerca de la existencia y localización de otras edificaciones similares que, junto con el trabajo de aerofotointerpretación previo y posterior a las salidas al campo (Duguine *et al.* 2009; Pedrotta *et al.* 2005), fueron insumos de gran utilidad para el desarrollo de un programa de prospecciones intensivas en la zona de estudio. Gracias a los trabajos de campo llevados a cabo en 2002, como se anticipó, con el objetivo de relevar la construcción de pirca situada en la estancia Cerro Guacho que conocíamos por la bibliografía pudimos, por un lado, aclarar y rectificar algunos datos que habían sido aportados previamente por otros investigadores. Por otro lado, descubrimos una

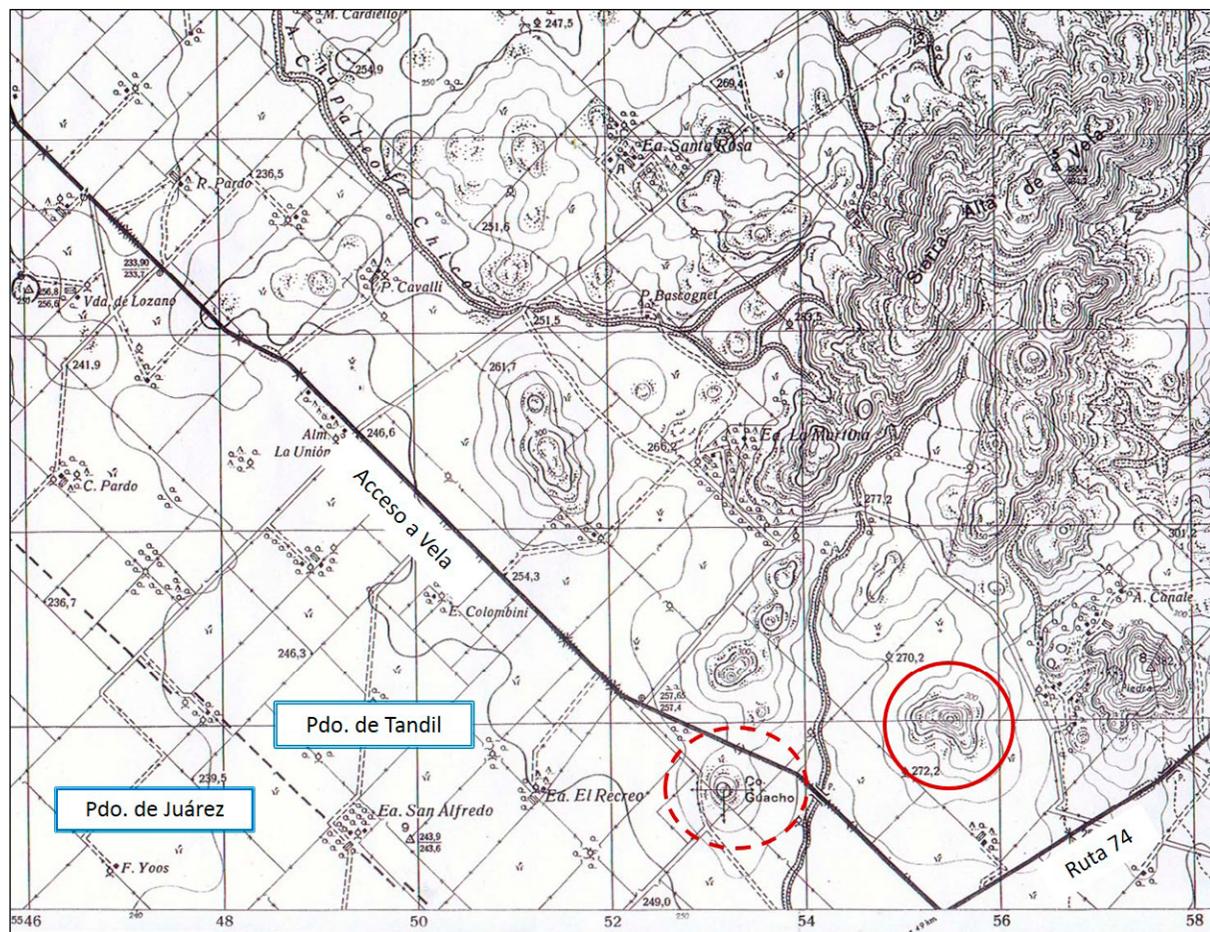


Figura 2. Fragmento de la carta topográfica del Instituto Geográfico Militar (IGM) hoja Azucena 3760-29-1. Se marcó con un círculo rojo el cerro conocido localmente Cerro Guacho donde se encuentran las construcciones de piedra; se indicó la ruta 74 y el camino de acceso a María Ignacia-Vela y se pusieron recuadros azules en los territorios de los partidos de Juárez y Tandil.

nueva construcción de gran interés que no se conocía hasta ese momento y recabamos información acerca de otra posible edificación que, según refirió un puestero de la estancia, se hallaba destruida.

En primer lugar, constatamos que la Estancia Cerro Guacho no se encuentra en el partido de Juárez -como fue consignado en el citado informe de Ceresole (1991: 11) y en el mapa adjunto al artículo que posteriormente publicaron Ramos y Néspolo (1997-1998: 72)- sino en el de Tandil, donde se localiza precisamente en la intersección de la Ruta 74 y el camino de acceso a María Ignacia-Vela. En segundo término, verificamos que el cerro que en la carta topográfica del Instituto Geográfico Militar (IGM) hoja Azucena 3760-29-1 figura bajo el nombre de "Cerro Guacho" no es el cerro donde se encuentran las construcciones de piedra estudiadas, sino que éstas se sitúan en un pequeño cerro cercano que forma parte de las tierras de la Estancia Cerro Guacho. Este último cerro, si bien figura como una elevación innominada en dicha carta topográfica, es conocido localmente como Cerro Guacho según refirieron los lugareños. En la Figura 2 puede observarse un fragmento de la carta del IGM sobre la que se marcó la ubicación correcta del cerro Guacho.

El Cerro Guacho es una elevación aislada -de ahí su nombre- que está situada al sur del cordón principal de la Sierra Alta de Vela. En este cerro, cuya altura alcanza los 350 msnm, se encuentran dos construcciones de pirca semi-perimetales, es decir, cuyo perímetro

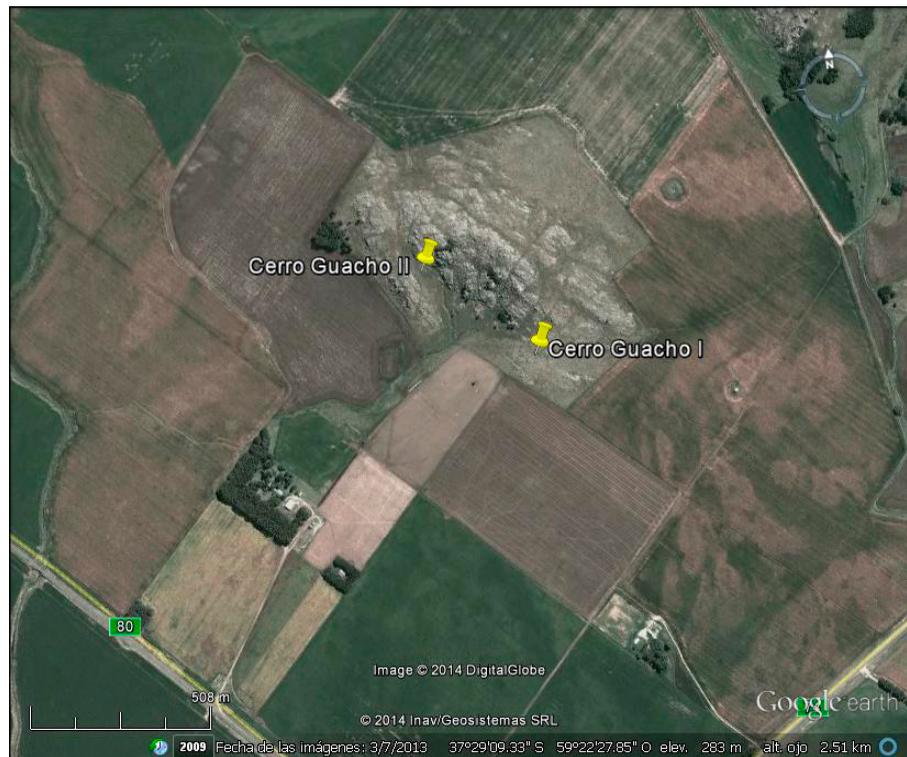


Figura 3. Imagen satelital actual tomada de Google Earth con la localización de las construcciones Cerro Guacho I y Cerro Guacho II.

incluye afloramientos rocosos naturales además de muros de pirca seca. Un pequeño arroyo que nace en la Sierra Alta de Vela corre en dirección norte-sur a 1,2 km al oeste del mismo y, tal como lo consignaron oportunamente Araya y Ferrer (1988), tributa sus aguas en el arroyo Chapaleofú Grande. Una de estas dos construcciones es la que había sido reportada por Araya y Ferrer -quienes realizaron un relevamiento preliminar, que se reproduce en la Figura 1- y luego fue mencionada por Ceresole (1991: 11 y 18). También aparece en un mapa que acompaña el trabajo posterior de Ramos y Néspolo (1997-1998: 72), aunque no tenemos certeza que se trate de la misma construcción ya que difiere la ubicación asignada por estos dos autores. Esta edificación fue denominada por nosotros Cerro Guacho I, mientras que llamamos Cerro Guacho II a la otra construcción que fue hallada gracias a las prospecciones que nuestro equipo de investigación llevó a cabo (Figura 3).

Cerro Guacho I

Esta edificación se localiza en un sector de la ladera que tiene una pendiente muy suave, cerca del cual hay varios manantiales que originan un pequeño curso de agua que corre a escasos 100 m. Se trata de una construcción semi-perimetral compuesta que incluye distintos afloramientos rocosos naturales que fueron cerrados, completados y/o elevados con pircas, logrando así una planta de forma casi ovalada. Es notable la diferencia de vegetación que se observa entre el interior de la edificación -con pastos bajos principalmente y pocas rocas dispersas en la superficie- y el suelo exterior en el que abundan los pastizales y hay numerosas rocas sueltas así como integrando afloramientos. Como puede observarse en la Figura 4, Cerro Guacho I está formada por una estructura principal, que designamos A, y dos más pequeñas, B y C. Las tres estructuras son de planta irregular y fueron erigidas con muros de pirca simples, que alcanzan 1,3 m de altura máxima y miden 0,7 m de ancho promedio (Figura 5).

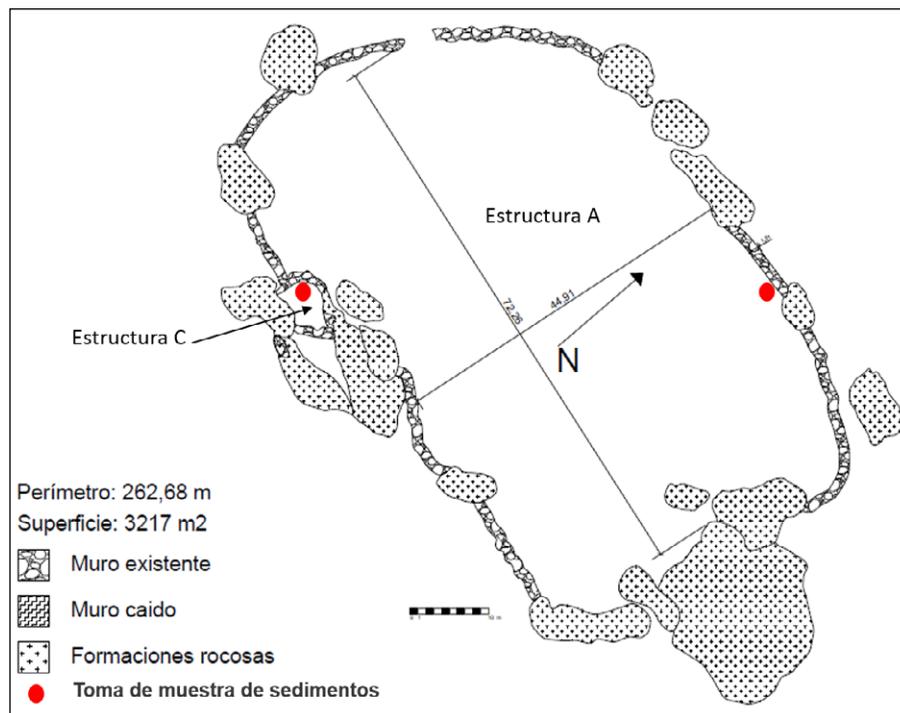


Figura 4. Planta de la construcción de piedra Cerro Guacho I. Se indicaron con un círculo rojo los sectores donde se obtuvieron las muestras de sedimentos.



Figura 5. Vista desde adentro de la construcción Cerro Guacho I, nótese el contraste entre la vegetación del interior y el exterior.

Los ejes mayores de la Estructura A miden 75,5 m (largo máximo) por 46 m (ancho máximo); la única abertura externa, de 2,5 m, se ubica en el lado más próximo al curso de agua. El perímetro de la Estructura A fue estimado en 263 m y su superficie, aproximadamente, en 3.220 m². La Estructura C está adosada a uno de los lados de la construcción principal. Su planta es cuadrangular, cerrada, dos de sus lados -de unos 4 m de largo- están delimitados por pircas y los otros dos por rocas naturales. Tiene una superficie de 13,20



Figura 6. Sondeos excavados en las estructuras B (izquierda) y C (derecha) de Cerro Guacho I.

m². Aquí se excavó un sondeo de 1 m² hasta los 25 cm de profundidad, donde quedó expuesto el pedregullo de la roca de base. Este sondeo sólo reportó el hallazgo de dos restos líticos: una lasca de ftanita y un fragmento indiferenciado.

La Estructura B se sitúa cerca de la senda de acceso al cerro y dista unos 20 m de la construcción principal. Es una edificación semi-perimetral, muy pequeña, su planta es cerrada y tiene la forma aproximada de una “L”, de 7,5 m de largo por 4,5 m en la parte más ancha y 2 m en el resto, alcanzando una superficie de 14 m². En su interior también se excavó un sondeo exploratorio de 1 m². Durante la limpieza de la cobertura vegetal aparecieron numerosos fragmentos de vidrio correspondientes a recipientes relativamente actuales -del siglo XX-, en su mayoría de productos veterinarios, como antiparasitarios y vacunas, hecho que motivó la decisión de no tomar muestras de este suelo para realizar análisis químicos. En los 8 cm inferiores el sedimento se hizo más compacto y presentó muchas raíces, recuperándose dos trozos de alambre. Unos pocos centímetros más abajo se disponía el pedregullo de la roca de base, sin otros hallazgos. Es interesante notar también que en un potrero adyacente a la construcción, que había sido arado en oportunidad de la realización de los trabajos de campo, se encontró un fragmento de bola de boleadora de granito (Figura 6).

Las muestras del suelo procedentes de Cerro Guacho I fueron analizadas en el Laboratorio de Análisis de Suelos de la Facultad de Agronomía de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, para determinar su pH, contenido de materia orgánica y de fósforo disponible. La Tabla 1 presenta los valores obtenidos en las Estructuras A y C, así como en una muestra testigo externa que se tomó a unos 25 m de distancia de la construcción, pendiente abajo, rumbo al curso de agua, en un suelo no afectado a las actividades agrícolas. Allí se observa que el pH de las Estructuras A y C presenta una extrema y muy fuerte acidez, respectivamente, mientras que el suelo externo es apenas ácido. Con respecto al contenido de materia orgánica, en este caso medido a través del porcentaje de carbono orgánico (COrg), se destaca la riqueza de los suelos del interior de ambas estructuras (la Estructura A tiene un 5,68% y la Estructura C un 6,89%), evidenciando un fuerte contraste con el suelo externo, cuyo contenido de materia orgánica es marcadamente menor ya que no llega al 1%. Por último, es importante resaltar la elevada

Procedencia de la muestra		Prof. (cm)	Resultados		
			pH	Carbono orgánico (%)	Fósforo disponible (en ppm)
Interior	Estructura A	21	4.35 Extrema acidez	5,68	612,25
	Estructura B	25	4.63 Muy fuerte acidez	6,89	267,55
Exterior		38	6.43 Muy débil acidez	0,94	6,17

Tabla 1. Resultados de los análisis químicos (pH, carbono orgánico y fósforo disponible) de las muestras de suelo procedentes de Cerro Guacho I

provisión de fosfatos que contienen las dos estructuras de Cerro Guacho I, así como el contraste entre éstas y el suelo adyacente. En efecto, el valor del fósforo disponible de la muestra testigo externa es de 6,17 ppm, en tanto la muestra obtenida en la Estructura A supera las 600 ppm y la muestra procedente de la Estructura C supera las 260 ppm.

Cerro Guacho II

Esta es la construcción originalmente reportada por Araya y Ferrer (1988) y a la que refiere, aparentemente, el informe de Ceresole (1991). Se localiza a 200 m de distancia de Cerro Guacho I, sobre una ladera del cerro enfrentada a éste, motivo por el que son mutuamente visibles. Desde ambas edificaciones se tiene un buen dominio visual de la amplia llanura que se extiende hacia el sur. La particularidad de Cerro Guacho II es que forma una suerte de cañada, a lo largo de la cual corre un pequeño curso de agua que nace en un manantial cercano, atraviesa longitudinalmente toda la construcción en el mismo sentido que la pendiente y escurre hacia el mismo arroyo afluente del Chapaleofú Grande que se halla próximo a la edificación Cerro Guacho I. Tal como se observa en las Figuras 7 y 8, el perímetro de esta estructura aprovecha e incorpora enormemente la topografía natural: un gran paredón rocoso forma, prácticamente solo, uno de los lados mayores y numerosos afloramientos de menor altura que fueron sobre-elevados y cerrados con pircas conforman el otro lado mayor.

La porción superior de la ladera fue cerrada con un muro de pirca simple de casi 50 m de largo y 1,4 m de alto que une ambos afloramientos en dirección perpendicular a la pendiente. El lado que se ubica en el sector más bajo mide un poco más de 80 m, es de escasa altura y está delimitado por una hilera de bloques grandes, ubicados también de forma perpendicular a la pendiente. En ese sector, parcialmente anegado y con muchos pajonales que dificultan la visibilidad, se hallaron unos pocos bloques dispersos que podrían haber pertenecido al muro original, aunque su altura no parece haber sido mucho mayor que la actual. Las paredes restantes fueron erigidas con bloques pequeños y medianos, en muchos casos sin lograr un encastrado ajustado. De este modo, quedó delimitada una estructura semi-perimetral de planta subtrapezoidal cuyo largo máximo mide alrededor de 220 m, habiéndose estimado su superficie en unos 16.460 m².

Recapitulando entonces, Cerro Guacho II está situado a lo largo de una ladera del cerro homónimo y un curso de agua lo atraviesa longitudinalmente en el mismo sentido de la pendiente. Se trata de una estructura que, a partir de la combinación entre la configuración rocosa natural del cerro y la construcción antrópica de pircas de variadas dimensiones y disposición, conforma una suerte de cañada en pendiente de más de 16.000 m² de superficie. Uno de sus lados es el paredón rocoso del propio cerro, el lado de enfrente incluye una serie de afloramientos rocosos menores suplementados con pircas, en la parte superior de la ladera lo delimita un muro pircado relativamente alto, mientras que el lado inferior está formado por una sola hilera de piedras espaciadas entre sí.



Figura 7. Vista de frente de la construcción Cerro Guacho II.

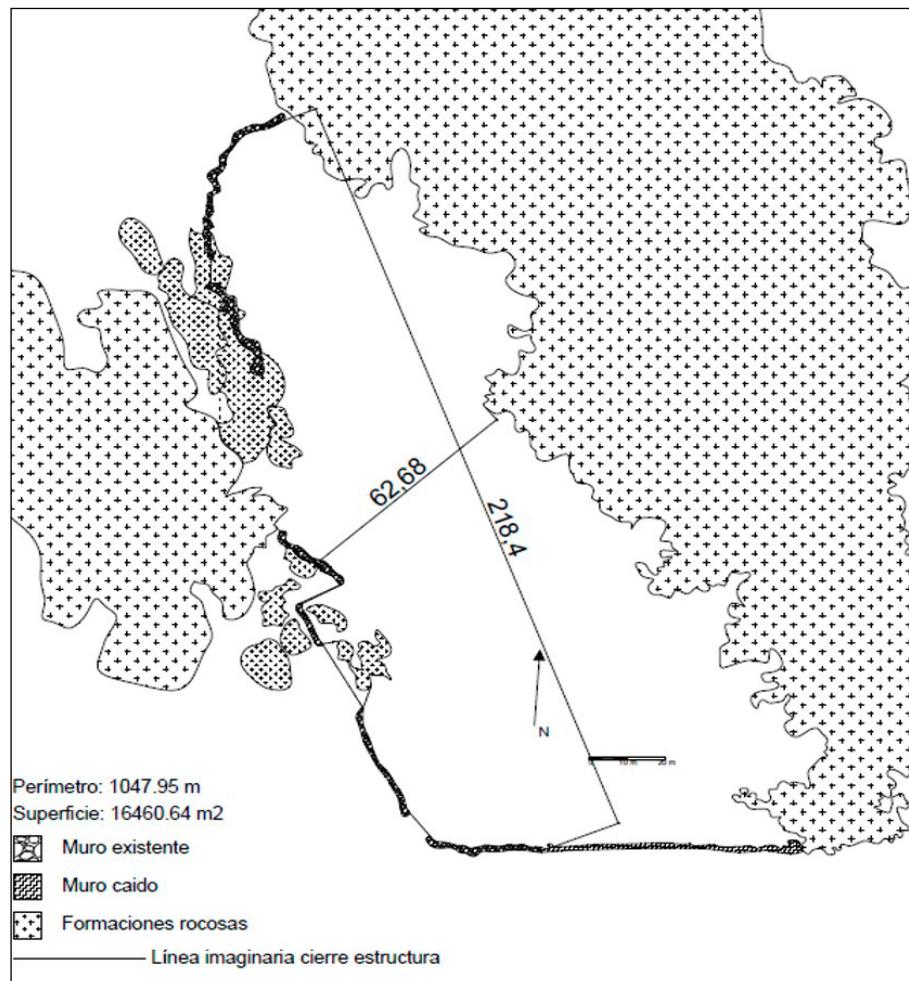


Figura 8. Planta de la construcción de piedra Cerro Guacho II.

Discusión

En trabajos anteriores se sugirió que la Estructura A de Cerro Guacho I pudo haber tenido la función general de corral para ganado menor, principalmente para majadas ovinas (Pedrotta 2005). Esta interpretación se basó en una serie de elementos: 1) la proximidad a fuentes de agua, tanto manantiales como un pequeño arroyo, 2) la disponibilidad de óptimas pasturas naturales; 3) su tamaño relativamente grande, que ronda los 3.220 m²; 4) la presencia de una única abertura de acceso hacia el exterior de la construcción, que mide 2,5 m de ancho y está ubicada en el sector más bajo de la pendiente y próximo al curso de agua; y 5) las dimensiones de sus paredes de pirca simples, que no superan 1,30 m de altura y miden un ancho promedio de 0,70 m. Todos estos elementos conforman un conjunto de características adecuadas para un espacio de guarda de animales de porte mediano, como el ganado ovino. Con respecto a las Estructuras C y B, inicialmente se planteó que ambas podrían haber sido refugios temporarios para un número reducido de personas. Esta hipótesis se basó en: 1) su tamaño pequeño -la Estructura C es una construcción de planta cuadrangular de poco más de 13 m² de superficie, mientras que la Estructura B apenas supera los 14 m²-; 2) la ausencia de aberturas de acceso, ya que ambas están conformadas por muros de pirca continuos que cierran afloramientos rocosos naturales; 3) el hecho de formar parte de una construcción compuesta más compleja; 4) sus paredes bajas, de menos de un metro de altura, en ambos casos integrados por una única hilera de bloques de piedra. En esa ocasión se planteó que el gran alcance visual que se tiene desde la Estructura B la volvía especialmente apta para las funciones de vigilancia que habían sido propuestas originalmente por Araya y Ferrer (1988). Cabe destacar que en esta última estructura se halló material lítico en estratigrafía, mientras que los fragmentos de alambre recuperados en la Estructura C son considerados relativamente actuales e intrusivos debido a la facilidad y frecuencia con que éstos suelen aparecer en los niveles superiores de los suelos en la pampa húmeda.

Si bien no se desarrollan *in extenso* en este trabajo (ver Pedrotta *et al.* 2011b), los análisis químicos constituyen una línea de evidencia adicional, concordante con las interpretaciones originalmente propuestas. Tomando como parámetro comparativo el suelo exterior, cuyo contenido de fósforo disponible es de 6,17 ppm, puede notarse que la Estructura C tiene un notable enriquecimiento con respecto a los niveles normales de fosfatos. En la Tabla 1 se indicó que la muestra del suelo tomada en la Estructura C presentó valores de fósforo disponible de 267,55 ppm, unas 40 veces más que el valor del suelo externo. Pero mayor aún es el enriquecimiento de fósforo de la Estructura A -612,25 ppm-, que supera casi cien veces el valor del suelo adyacente. Esta vía de análisis permite detectar aquellos lugares donde hubo una intensa depositación de restos orgánicos -especialmente procedentes de la orina y las heces de los mamíferos- que ha sido utilizada eficazmente desde hace décadas en la detección e interpretación de sitios arqueológicos (Custer *et al.* 1986; Eugenio y Murgo 1994; Griffith 1980; Stein 1992; Woods 1977, entre muchos otros). Llama la atención también el marcado grado de acidez que presentaron tanto la muestra de suelo interno de la Estructura A como la de la Estructura C. Ciertamente se trata de una línea de indagación que deberá profundizarse a futuro, aunque cabe señalar que algunos autores vinculan la acidificación del suelo con la depositación de desechos producida por las ocupaciones humanas (Custer *et al.* 1986; Stein 1986, 1992). En este sentido, cabe recordar que el pH del suelo externo es apenas levemente ácido (6,43). Asimismo, ambas estructuras contienen una elevada cantidad de materia orgánica, que supera en el orden de las 6 veces, en el caso de la Estructura A, y más de 7 veces, en el caso de C, al contenido de materia orgánica del suelo adyacente. Este enriquecimiento también podría asociarse al impacto antrópico asociado a las actividades llevadas a cabo en el interior de ambas estructuras.

Cerro Guacho II fue incluida entre las construcciones interpretadas como corrales, destinadas primordialmente al encierro y custodia de ganado (Pedrotta 2005), función



Figura 9. Croquis del Perfil 3 de las Sierras de Tandilia publicado por Heusser y Claraz en 1863.

que había sido propuesta en primer lugar por Araya y Ferrer (1988: 43-44). También se señaló posteriormente (Pedrotta 2009) que ciertas peculiaridades de esta edificación sugerían que podría haber estado destinada a otras actividades asociadas al manejo del ganado cimarrón, además de ser un espacio de guarda. En especial, se consideró la posibilidad de que se tratara de un lugar destinado a la captura de caballos, aprovechando la topografía natural del cerro. En efecto, las tropas de baguales podrían ser conducidas desde la base de la ladera cuesta arriba, quedando allí atrapadas por el muro de pirca superior y sin posibilidad de dirigirse a ninguno de los costados. La hilera de piedras relativamente dispersas en la parte inferior no habría obstruido el paso de estos animales y podría haber facilitado posteriormente su encierro, al ser completada con algún tipo de cerramiento, utilizando palos de madera, cueros o pieles de animales.

Ya se ha hecho mención a la obra del Padre T. Falkner, fuente de primera mano en la que se documentó la práctica indígena que consistía en aprovechar la topografía natural de los cerros del sector centro-oriental del cordón serrano de Tandilia con el fin de capturar caballos a mediados del siglo XVIII. Este jesuita señaló que los senderos estrechos de subida a dichos cerros eran obstruidos por los indígenas para “asegurar los caballos baguales que reúnen en el Tuyú y largan en la cumbre, de donde **no hay más salida que por estos senderos, cerrados los cuales quedan aquellos como en un corral**”, destacando asimismo la abundancia de manantiales y cursos de agua en la zona: “al pie de esos cerros nacen muchos manantiales que se dejan caer a valles y forman allí arroyos” (Falkner [ca. 1774] 1974: 98-99, énfasis nuestro). Otra fuente especializada y también de primera mano, poco más de un siglo posterior, es enteramente concordante respecto de la óptima adecuación que presentaba ese sector serrano para el encierro y captura de caballos. Se trata del trabajo publicado en 1863 por los naturalistas viajeros Christian Heusser y George Claraz, quienes realizaron un detallado relevamiento topográfico del Sistema de Tandilia, notando que: “En caso que [las sierras] tengan la forma representada por el perfil N. 3, son bien accesibles también a caballo, pero los caballos que han subido a la altura de las sierras no pueden bajar al otro lado ...; ahora si además la gorra se encuentra en la meseta, fácil es cerrar el camino de vuelta; y así **efectivamente han sido utilizadas algunas sierras por los indios, para barrear los caballos baguales, y han servido así de corrales naturales** como cuenta Falkner y como muchos paisanos saben confirmar” (Heusser y Claraz 1863: 7; énfasis nuestro). En la Figura 9 se reproduce el croquis del perfil 3 al que alude la cita anterior.

Esta segunda fuente documental es muy importante ya que, además de hacer referencia a las afirmaciones que previamente había hecho Falkner, se apoya en el relevamiento de campo efectuado por los mismos autores durante el cual sumaron además información obtenida entre “paisanos” del lugar, quienes hicieron referencia al conocimiento acerca de estas prácticas que llevaban a cabo los “indios”. Heusser y Claraz resaltaron que la observación de numerosos restos óseos de caballos durante el transcurso de su exploración era una fuente adicional en respaldo a su interpretación. En este sentido, señalaron “Hay tanto menos motivo para dudar de este hecho, cuanto las sierras así formadas ... todavía hoy día muestran cantidades grandes de huesos de caballos, que se han quedado

de las yeguas carneadas ahí.” (Heusser y Claraz 1863: 7). No está de más subrayar que, en una fecha relativamente tardía con respecto al ciclo de expansión y extinción de los baguales en la pampa húmeda que se reseñó en los apartados anteriores, aún llamaban la atención las acumulaciones de restos óseos de caballos en el sector serrano.

La captura de caballos baguales podía efectuarse con la tecnología con que contaban los indígenas pampeanos durante los siglos posteriores a la conquista española y, al igual que la caza de otras presas, si ésta se realiza en forma ecuestre se incrementa su eficiencia en forma notable (Crivelli 1997; Palermo 1986). Las actividades vinculadas al proceso de doma, como antes se señaló, fueron rápidamente incorporadas y perfeccionadas por las tribus que desarrollaron la capacidad logística y material de llevar a cabo grandes arreos, de decenas de miles de cabezas de ganado, hacia los mercados transcordilleranos. Paralelamente, el cuidado y control del ganado doméstico, ovino, vacuno y caballar se convirtió en una actividad con cierto grado de especialización dentro de la estructura social y la organización del trabajo, a la vez que incidió en los modos de uso y transformación del espacio, la demarcación de territorios y los circuitos de movilidad. En este sentido, el desarrollo de las actividades ganaderas y pastoriles requería la ocupación de lugares específicos para tener encerradas a las distintas especies animales conforme sus necesidades, comportamiento y características físicas, así como el desarrollo de tecnología apropiada para el manejo y utilización de los caballos (riendas, bozales, estribos, etcétera) y para la explotación y cuidado del ganado vacuno y los rebaños ovinos. Como afirma Palermo “Y si los indios aprendieron e incluso inventaron técnicas para el manejo del caballo, también incorporaron técnicas de manejo y cría de otros animales: las menciones a ganados mansos en grupos pampeanos y norpatagónicos, la construcción de corrales para vacas y ovejas en algunos casos y la calidad de la raza ‘pampa’ de ovinos así lo demuestran, en posible confluencia de conocimientos hispanos, invenciones indígenas y, en el caso de los lanares, tal vez las antiguas prácticas araucanas de cría de camélidos” (1988: 78). Indudablemente, los dos elementos básicos para el mantenimiento de las manadas son el agua y las pasturas, que debieron asegurarse tanto durante los traslados como durante las paradas, ya fueran de carácter breve u ocupaciones más prolongadas. En este aspecto, adquieren particular relevancia los valles, cerros y sierras del centro del Sistema de Tandilia, como escenarios óptimos para la captura, cría y engorde del ganado introducido.

Mazzanti (1993) afirma que algunos sectores en las sierras orientales de Tandilia -donde existen estructuras con pircados semiperimetales- fueron destinados a las actividades de captura de caballos baguales, cuya magnitud no parece haber sido menor, si tomamos como base el relato alusivo del naufrago Isaac Morris, quien describió la caza de unos 400 caballos por una partida de tehuelches en la zona a mediados del siglo XVIII. Si Cerro Guacho II fue construido y utilizado para la captura de caballos cerriles, así como Cerro Guacho I conformó un espacio de guarda y custodia de ganado menor asociado a sectores de reparo y habitación, es razonable pensar que también en la porción central de Tandilia se desarrolló un polo de especializado en el engorde y control de ganado doméstico introducido similar al que Mazzanti propone para el sector oriental del mismo cordón serrano, en momentos contemporáneos. Del mismo modo que en las Sierras de La Vigilancia, en el cerro donde están emplazadas las edificaciones de pirca Cerro Guacho I y Cerro Guacho II se observa el aprovechamiento de la topografía y la disponibilidad de agua para la creación de espacios que pueden ser usados a modo de los “potrereros” descritos por esta investigadora. Además, se identificaron otros posibles usos tales como a la captura de baguales, sectores acondicionados de habitación humana y puntos de vigilancia del territorio. Es muy probable que estas edificaciones de pirca, así como muchas otras que se encuentran en la zona, no sólo hayan conformado “el primer apostadero de engorde en las largas travesías hacia el sur” (Mazzanti 1993: 79), sino que también hayan integrado el complejo sistema de construcciones de piedra estrechamente vinculado con el centro de intercambio y

comercio multiétnico conocido como la *Feria del Chapaleofú* (Araya y Ferrer 1988; Ferrer y Pedrotta 2006; Pedrotta 2013).

Los datos disponibles hasta el momento permiten argumentar que las dos construcciones semi-perimetrales de piedra que se encuentran en la estancia Cerro Guacho fueron erigidas y utilizadas en el contexto de la nueva estructura económica postconquista de las sociedades indígenas que habitaron las sierras septentrionales bonaerenses, fuertemente orientada hacia la cría y comercialización de ganado doméstico introducido. Tal como propuso Mandrini hace casi tres décadas, “en este contexto de conformación de una sociedad pastoril debería, tal vez, ubicarse la construcción de al menos una parte importante de las estructuras de piedra conocidas localmente como ‘corrales’, que se encuentran en la región serrana de Tandil y los partidos vecinos y que tanto han excitado la imaginación de algunos historiadores y arqueólogos” (Mandrini 1987: 81).

Cerro Guacho I es una construcción de piedra compuesta por estructuras funcionalmente diferenciadas. Es posible que en esta edificación se articulara un espacio principal destinado al encierro de ganado ovino con otros dos mucho más pequeños y cerrados dedicados a actividades domésticas u otras funciones. La construcción Cerro Guacho II, por otra parte, constituye un espacio idóneo para la captura de caballos cerriles. Las particularidades arquitectónicas y el emplazamiento diferencial de ambas construcciones permiten pensar en un uso complejo y sofisticado del espacio, que dista mucho de la visión que surge de la etnografía aculturacionista clásica, según la cual estas poblaciones asimilaron de forma directa y pasiva cierta cantidad de elementos culturales -entre los cuales estaban incluidos el caballo y otros animales domésticos- en el ambiente relativamente homogéneo de las llanuras pampeanas. Precisamente en relación con estas actividades ganaderas y pastoriles se fueron conformando diferentes núcleos de especialización económica en la pampa bonaerense que han sido identificados por Mandrini y Mazzanti. Los resultados de las pesquisas arqueológicas en curso indican que en la porción central de Tandilia también se desarrollaron polos de especialización económica insertos en redes extra-regionales, que evidencian un profundo conocimiento tanto del ambiente serrano como de las especies domésticas introducidas. Las construcciones de piedra del Cerro Guacho son apenas una pequeña muestra de ello.

Agradecimientos

A la Universidad Maimónides por su apoyo institucional a través del Departamento de Ciencias Naturales y Antropológicas del CEBBAD, perteneciente al Instituto Superior de Investigaciones y a la Fundación Félix de Azara. Este trabajo contó con subsidios del CONICET (PIP 349 2012-2014 “Paisajes indígenas construidos en las sierras bonaerenses”) y la ANPCyT (PICT 0561/11 “Investigación, gestión y revalorización social del patrimonio en el centro y sudeste de la provincia de Buenos Aires”), en el marco del Programa de Estudios Interdisciplinarios de Patrimonio -PATRIMONIA- del INCUAPA, FACSO, UNICEN. A todas las personas que participaron en los trabajos de campo y a aquellos que nos permitieron y/o facilitaron su realización. Laura Duguine y Vanesa Bagaloni fueron indispensables durante las campañas arqueológicas, así como en el trabajo de gabinete anterior y posterior. Mirena Atchugarry se ha encargado pacientemente de digitalizar los registros planimétricos de campo. A todas y cada una de ellas mi agradecimiento.

Bibliografía

- » ARAYA, J. M. y E. A. FERRER (1988). *El comercio indígena. Los caminos al Chapaleofú*. UNICEN y Municipalidad de Tandil, Tandil.
- » ARMAIGNAC, H. ([1869] 1976). *Viaje por las Pampas Argentinas*. EUDEBA, Buenos Aires.
- » BOGNANNI, F. (2007). El sitio arqueológico Santa Rosa: ¿una estructura trampa? *TEFROS* 5 (1).
- » CARDIEL, P. J. ([1747] 1940). *Carta inédita de la extremidad austral de América construida por el P. Cardiel en 1747, con un estudio histórico-geográfico del P. G. Furlong*. Facultad de Filosofía y Letras-UBA, Serie B Nro.1, Buenos Aires.
- » CARDIEL, P. J. ([1747] 1956). Dificultades que suele haber en la conversión de los infieles, y medios para vencerlas. En *Viajeros, obras y documentos para el estudio del hombre americano*, editado por M. A. Vignati, Tomo I, pp. 151-172. Imprenta Coni, Buenos Aires.
- » CARDIEL, P. J. ([1748] 1956). Diario del Viaje y Misión al Río del Sauce por fines de Marzo de 1748. En *Viajeros, obras y documentos para el estudio del hombre americano*, editado por M. A. Vignati, Tomo I, pp. 113-139. Imprenta Coni, Buenos Aires.
- » CERESOLE, G. (1991). *Investigación arqueológica de los corrales de piedra del área serrana del Sistema de Tandil, Provincia de Buenos Aires*. Ms.
- » CONI, E. (1979). *Historia de las Vaquerías del Río de la Plata*. Platero, Buenos Aires.
- » CRIVELLI, E. A. (1997). Indian settlement system and seasonality in the pampas during the equestrian stage. The colonial period. *Quaternary of South America and Antarctic Peninsula* 10: 279-309.
- » CUSTER, J., COLEMAN, E., CATTS, W. y K. CUNNINGHAM (1986). Soil chemistry and historic archaeological site activity areas: a test case from northern Delaware. *Historical Archaeology* 20: 89-94.
- » DE ANGELIS, P. ([1836] 1969). Discurso preliminar al Viaje a Salinas de P. A. García. En *Colección de obras y documentos...*, editado por P. De Angelis, Tomo IV, pp. 255-258. Plus Ultra, Buenos Aires.
- » DÍAZ DE GUZMÁN, R. ([1612] 1945). *La Argentina*. Espasa Calpe, Buenos Aires.
- » DOBRIZHOFFER, P. M. ([ca. 1767-1797] 1967). *Historia de los Abipones*. Tres tomos. Facultad de Humanidades de la Universidad Nacional del Nordeste, Resistencia.
- » DUGUINE, M. L., PEDROTTA, V. y V. BAGALONI (2009). Avances metodológicos en el estudio de las construcciones de pirca de las sierras bonaerenses: las técnicas de aerofotointerpretación. *Revista de Arqueología Comechingonia Virtual* III(1): 63-94.
- » EUGENIO, E. y A. MURGO (1994). Delimitación de un sitio arqueológico mediante el contenido de fósforo en el suelo. *Arqueología* 4: 199-211.
- » FALKNER, P. T. ([ca. 1774] 1974). *Descripción de la Patagonia y de las Partes Contiguas de la América del Sur*. Hachette, Buenos Aires.
- » FERRER, E. A. y V. PEDROTTA (2006). *Los Corrales de Piedra. Comercio y Asentamientos Aborígenes en las Sierras de Tandil, Azul y Olavarría*. Crecer Ediciones, Tandil.
- » GARAY, J. ([1582] 1915). Carta al Rey de España. *Anales de la Biblioteca Nacional* X: 155-163.
- » GARCÍA, P. A. ([1810] 1969). Diario de un viaje a Salinas Grandes. En *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata; Ilustrados con Notas y Disertaciones*, editado por P. De Angelis, Tomo IV, pp. 259-391. Plus Ultra, Buenos Aires.

- » GIBERTI, H. (1961). *Historia económica de la ganadería argentina*. Solar-Hachette, Buenos Aires.
- » GRAU, C. (1949). *El fuerte 25 de mayo en Cruz de Guerra*. Publicaciones del Archivo Histórico de la Provincia de Buenos Aires, La Plata.
- » GRIFFITH, M. (1980). A pedological investigation on an archaeological site in Ontario, Canada: an examination of soil in and adjacent to farmer villages. *Geoderma* 24: 327-336.
- » GROUSSAC, P. (1915). Juan de Garay. *Anales de la Biblioteca Nacional* Tomo X: IX-CCC.
- » HERRERA, A. ([1601-1615] 1730). *Historia General de los Hechos Castellanos*. 4 Tomos. Imprenta Real de Nicolás Rodríguez, Madrid.
- » HEUSSER, H. y G. CLARAZ (1863). *La cordillera entre el Cabo Corrientes y Tapalqué*. Ensayos de un conocimiento geognóstico-físico de la pcia. de Buenos Aires, I. Imprenta del Orden, Buenos Aires.
- » LOZANO, P. P. [1734-1743]. Cartas Anuas. Traducidas y transcriptas en: Leonhardt, P. C. (1924) La Misión de Indios Pampas. *Estudios* 26: 296-300 y 370-375.
- » MANDRINI, R. J. (1986). La agricultura indígena en la región pampeana y sus adyacencias (siglos XVIII y XIX). *Anuario del IEHS* 1: 11-43.
- » MANDRINI, R. J. (1987). Desarrollo de una sociedad indígena pastoril en el área interse-rana bonaerense. *Anuario del IEHS* 2: 71-98.
- » MANDRINI, R. J. (1991). Procesos de especialización regional en la economía indígena pampeana (s. XVIII-XIX): el caso del suroeste bonaerense. *Boletín Americanista* 41: 113-136.
- » MAZZANTI, D. L. (1993). Control de ganado caballar a mediados del siglo XVIII en el territorio indio del sector oriental de las serranías de Tandilia. En *Huellas en la Tierra*, compilado por R. Mandrini y A. Reguera, pp. 75-89. IHES, Tandil.
- » MAZZANTI, D. L. (1997). Archaeology of the Eastern edge of the Tandilia Range (Buenos Aires, Argentina). *Quaternary of South America and Antarctic peninsula* 10: 211-227.
- » MAZZANTI, D. L. (2007). *Arqueología de las relaciones interétnicas posconquista en las Sierras de Tandilia*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía y Letras, UBA. Ms.
- » PALERMO, M. A. (1986). Reflexiones sobre el llamado "complejo ecuestre" en la Argentina. *Runa* XVI: 157-178.
- » PALERMO, M. A. (1988). La innovación agropecuaria entre los indígenas pampeano-patagónicos: síntesis y procesos. *Anuario del IEHS* 3: 43-90.
- » PALERMO, M. A. (1991). La compleja interacción hispano-indígena en el sur argentino y chileno durante el Período Colonial. *América Indígena* 1: 153:192.
- » PALERMO, M. A. (2000). A través de la frontera. Economía y sociedad indígenas desde el tiempo colonial hasta el siglo XIX. En *Nueva Historia Argentina*, coordinado por M. Tarragó, Tomo 1, pp. 344-382. Sudamericana, Barcelona.
- » PEDROTTA, V. (2005). *Las sociedades indígenas de la provincia de Buenos Aires entre los siglos XVI y XIX*. Tesis doctoral, Facultad de Ciencias Naturales y Museo de la Universidad Nacional de La Plata. Ms.
- » PEDROTTA, V. (2009). Algunas consideraciones en torno al valor patrimonial y a la preservación de las construcciones de piedra del Sistema de Tandilia. En *Patrimonio, Ciencia y Comunidad*, editado por M. L. Endere y J. L. Prado, pp. 205-230. INCUAPA-UNICEN y Municipalidad de Olavarría, Olavarría.
- » PEDROTTA, V. (2013). Reandando los caminos al Chapaleofú: Viejas y nuevas hipótesis sobre las construcciones de piedra del Sistema de Tandilia. *Memoria Americana* 21(2): 269-295.

- » PEDROTTA, V., BAGALONI, V., BLANCO, M., DUGUINE, L., FERREIRA, N., GARCÍA, S., GROSMAN, N., INZA, M., MANCINI, C., PERETTI, R., SALETTA, M. J., SOURROUILLE, M. y M. TANCREDI (2005). *Métodos de detección remotos en la porción central del Sistema de Tandilia*. Póster presentado en el IV Congreso de Arqueología de la Región Pampeana Argentina, Bahía Blanca.
- » PEDROTTA, V., BAGALONI, V. y L. DUGUINE (2011b). Análisis químicos aplicados a la investigación arqueológica del construcciones de piedra del Sistema de Tandilia. En: *Temas y Problemas de la Arqueología Histórica*, editado por M. Ramos, A. Tapia, F. Bognanni, M. Fernández, V. Helfer, C. Landa, M. Lanza, E. Montanari, E. Néspolo y V. Pineau, Tomo I, pp. 389-404. Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, Luján.
- » PEDROTTA, V., BAGALONI, V., DUGUINE, L. y L. CARRASCOSA ESTENOZ (2011a). Investigaciones arqueológicas en los “corrales de piedra” del Sistema de Tandilia (Región Pampeana, Argentina). En *Arqueología Histórica en América Latina*, editado por M. Ramos y O. Hernández de Lara, pp. 111-127. Departamento de Ciencias Sociales, Universidad Nacional de Luján, Luján.
- » RAMOS, M. S., F. BOGNANNI, M. LANZA, V. HELFER, P. SALATINO, C. QUIROGA, D. AGUIRRE, D., y D. PAU (2006). Estudio arqueológico del sitio Santa Rosa, Tandil: ¿es el lugar citado en un documentos de 1707? En *Cambio y Continuidad Cultural en Arqueología Histórica*, compilado por M. T. Carrara, pp. 269-279. Facultad de Humanidades y Artes, Universidad Nacional de Rosario, Rosario.
- » RAMOS, M. S. y E. NÉSPOLO (1997-1998). Tandilia: la evidencia arqueológica e histórica. *Paleoetnológica* 9: 49-72.
- » RAPOPORT, E. H. (1996). The flora of Buenos Aires: low richness or mass extinction? *International Journal of Ecology and Environmental Sciences* 22: 217-242.
- » RAS, N. (1994). *Crónica de la Frontera Sur*. Serie de la Academia Nacional de Agronomía y Veterinaria Nº 11. Buenos Aires.
- » RIVADENEYRA, J. ([1581] 1881). Relación de las provincias del Río de la Plata. *Revista de la Biblioteca Pública de Buenos Aires* III: 14-30.
- » SÁNCHEZ LABRADOR, P. J. ([1772] 1936). *Paraguay Catholico. Los Indios Pampas, Puelches y Patagones*. Viau y Zona, Buenos Aires.
- » STEIN J. K. (1986). Deposits for archaeologists. En *Advances in Archaeological Method and Theory*, editado por M. Schiffer, Volumen 11, pp. 337-395. Academic Press.
- » STEIN J.K. (1992). Organic matter in archaeological contexts. En *Soils in Archaeology*, editado por V. Holliday, pp 193-216. Smithsonian Institution Press, Washington DC.
- » SUÁREZ GARCÍA, J. M. (1940). *Historia del Partido de Lobería*. Tomo I. Buenos Aires.
- » TAPARY, H. ([1755] 1969). Relación que ha hecho el indio paraguayo nombrado Hilario Tapary, que se quedó en el Puerto de San Julián, desde donde se vino por tierra a esta ciudad de Buenos Aires. En *Colección de Obras y Documentos Relativos a la Historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata; Ilustrados con Notas y Disertaciones*, editado por P. De Angelis, Tomo IV, pp. 94-101. Plus Ultra, Buenos Aires.
- » WOODS W. (1977). Quantitative analysis of soil phosphatase. *American Antiquity* 42(2): 248-252.